

Mis pecados no fueron en vano

Lo que yo esperaba al llegar no se parecía nada a lo que me esperaba a mí. Lo había imaginado con un mar ardiente de lágrimas, con naufragos perdidos y ahogándose en sus propios pecados y remordimientos. Un sol rojo demasiado cerca a lo que alguna vez fueron playas, pero ahora solo parecen cenizas de los que no resistieron el calor que quemaba la nariz. Guardias con cuernos y alas despedazadas que rodeaban un castillo medieval en el que vivía un tal Satanás. El que en vida siempre me lo presentaron como un hombre con cuernos, cola, alas y un tridente. Se encargaba de que sufrieras con él por aquello que hiciste o te faltó hacer en vida. Pecados. Sin embargo, al llegar me sorprendió los escasez de agonía, los escasez de miserables, y los escasez del color rojo que siempre nos intimidó en vida, aunque debo ser honesta y decir que era mi color favorito. No sé si era la sed de sangre que me hizo preguntarme si realmente estaba en donde me habían prometido arder y arrepentirme de lo que no fue bueno hacer para aquellos que vivían devotos a un Dios castigador. Pero me encontré con lo que siempre quise un lugar libre de juicios, dedos que apuntan con ojos, iglesias monumentales que intimidan, y lo más importante, un lugar sin miedo al placer. Un lugar sin límites, lo que siempre fantaseé en vida, así que creo que mis pecados no fueron en vano. Me llevaron a lo que yo quería. Como alguna vez me dijeron: “te estás buscando lo que no se te ha perdido”, el placer sin remordimientos, mírame, no ardí en fuego pero sí en placer.